

MATER



ANTONIO SOTO ALCÓN



Museo
Cristo de
la Sangre

LA PERMANENCIA DE LA MADRE

En *Mater* -su nueva exposición para el Museo Cristo de la Sangre-, Antonio Soto Alcón convierte el rostro de su madre en una forma de permanencia. Cada una de las cabezas que conforman esta muestra parece surgir desde un mismo lugar originario, como si la escultura tratara de retener aquello que el tiempo empuja continuamente hacia la desaparición. La exposición se articula en torno a una imagen reiterada: el rostro materno reproducido una y otra vez, sometido a explícitos desplazamientos cromáticos que transforman cada pieza en una variación singular dentro de una misma genealogía visual. El resultado posee algo de rito íntimo y, al mismo tiempo, de monumento silencioso.

La procedencia del molde activa una dimensión especialmente significativa. El rostro parte del busto situado en la tumba que el artista y su mujer han construido para sí mismos en el cementerio del municipio de Librilla. La escultura nace así desde un lugar concebido para el descanso futuro de los cuerpos, desde un espacio asociado a la memoria, a la ausencia y a la continuidad familiar. Esa circunstancia introduce una tensión profunda en la obra: la madre aparece vinculada simultáneamente al origen y al final, al nacimiento y a la muerte, a la llegada al mundo y al retorno definitivo a la tierra. En torno a ella se organiza una línea temporal que une generaciones distintas bajo una misma figura protectora. El título de la exposición condensa, de hecho, esta potencia simbólica: *Mater* remite a la madre como principio biológico, afectivo y espiritual, pero también como territorio de transmisión. La madre aparece aquí como el primer rostro que acompaña la existencia, como la superficie donde comienza la experiencia de la mirada y del cuidado. Antonio Soto Alcón transforma esa presencia en una imagen persistente que atraviesa el tiempo. Cada repetición funciona como un eco de la anterior, prolongando la vida de la figura a través de la materia escultórica.

Las cabezas poseen una frontalidad serena, casi suspendida. Los ojos cerrados introducen una sensación de recogimiento interior, de sueño o tránsito. La expresión evita cualquier gesto dramático; la emoción emerge desde la quietud. Esa calma concede a las piezas una dimensión funeraria y meditativa que dialoga con la procedencia del molde. El rostro parece descansar entre dos estados: la presencia física y el recuerdo, la materia y la desaparición. La superficie muestra además las huellas del proceso, pequeñas irregularidades, pliegues y tensiones que conservan el carácter manual de la obra. La escultura, en este sentido, mantiene visible su condición de copia, de piel trasladada desde otro cuerpo escultórico previo.

La repetición constituye, en esta línea de interpretación, uno de los ejes fundamentales de la serie. Cada cabeza mantiene la misma estructura formal y, sin embargo, ninguna resulta idéntica a las demás. El color introduce una variación continua que altera la percepción emocional de cada pieza. El rojo intensifica la idea de sangre, cuerpo y vitalidad; el azul conduce hacia una atmósfera introspectiva y silenciosa; el dorado aproxima el rostro a la iconografía sagrada y al resplandor de los retablos antiguos. Cada tonalidad modifica la temperatura afectiva de la imagen y convierte la serie en una cadena de mutaciones sensibles. Esta estrategia visual permite pensar la genealogía como un proceso de transformación permanente. Toda descendencia conserva rasgos del origen, aunque cada nuevo eslabón incorpora desplazamientos propios. Las esculturas funcionan así como metáforas de la herencia: el mismo rostro reaparece atravesado por diferencias, variaciones y nuevas circunstancias históricas o vitales. La madre permanece como núcleo estable mientras la apariencia cambia -igual que sucede en las estructuras familiares donde los gestos, las miradas o ciertos rasgos atraviesan generaciones enteras adoptando formas distintas.



Caminos azules
de la noche
para mi madre
que ahora duerme en el
azul de lo eterno.



Llave de mi
esperanza
en tu sueño violeta.



La rosa era
tu flor favorita,
perfumaba la casa
de sueños y belleza.



Rojo atardecer por
aquel camino
de tu mano, madre.



Yo medía tu amor
hacia ti madre,
con el color más brillante
del oro.



Gris es el cielo
que contemplaban
mis ojos
aquella triste
mañana



Tu jardín,
aquel humilde jardín
que tú regabas
con tus manos
se secó de pronto,
madre.



Todo se oscureció.
La noche cubrió
tu rostro.



Hoy he visto el fulgor
del blanco.
He sentido su pureza
en tu mirada.



La última imagen de
ti madre,
en aquella habitación
con el marrón
de tu hábito